

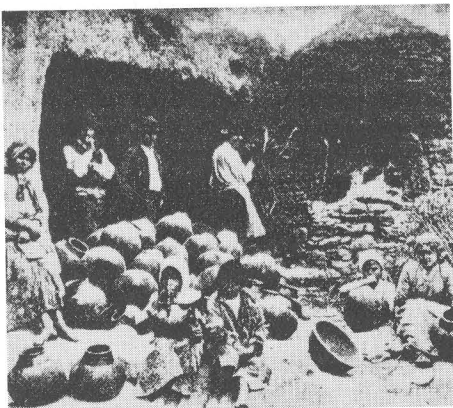


El poblado de la Atalaya (Gran Canaria) en los últimos años del siglo XIX (Foto: Archivo de don José Naranjo).

LA ATALAYA, ANTIGUO CENTRO ALFARERO DE GRAN CANARIA

Hasta la primera mitad del siglo XX la Atalaya era uno de los sitios más singulares y curiosos de Gran Canaria. Situado en las proximidades del cráter de Bandama, en una atalaya que domina el barranco de las Góteras, este poblado troglodita alberga una población que se había mantenido al margen de la civilización y que guardaba el secreto de la cerámica isleña. Sus habitantes vivían en cuevas excavadas en la roca, tal como lo hicieron determinadas comunidades aborígenes de la isla. En este sentido no se descarta una procedencia prehispánica de los antiguos *talayeros*, que acaso, al igual que ocurrió en otros lugares de Gran Canaria, conservaron allí el habitat peculiar de sus antepasados, como también prolongaron la tradición alfarera del neolítico.

Sin embargo, la Atalaya de Santa Brígida no ha sido la única localidad troglodita de Gran Canaria en tiempos históricos. De hecho compartió su peculiar carácter con Acusa, Artenara, cuevas de los Frailes, Tara, montaña de Arucas, etc., en el interior, y con los



primeros barrios —los *riscos*— humildes de Las Palmas, en donde desde el siglo XVII la población más pobre vivió en cuevas excavadas en las laderas próximas al antiguo casco urbano de la capital. Como veremos, la Atalaya seguiría tardíamente la evolución del habitat tipo *risco* característico de San Nicolás y otros barrios antiguos de Las Palmas.

Apenas sin contacto con la ciudad y con el exterior de su propio recinto,

este núcleo rural y artesanal desarrolló, según parece, un elevado grado de endogamia. Los cruzamientos se producían entre sus habitantes. Y, de acuerdo con una tradición digna de crédito, poseían una moral sexual mucho más normal, libre y espontánea que la enfermedad de sus contemporáneos del siglo XIX y primera mitad del actual, que se sorprendían con inocultable beatitud de las costumbres de los talayeros. Al propio tiempo, las gentes de la Atalaya, especialmente las mujeres, poseían una remarcable belleza y sus facciones y el color de sus ojos las acercaban a los rasgos que se creyeron característicos de parte de la población aborigen de la isla. El habitat, la endogamia y la tradición alfarera constituyen elementos no discordantes con tal apreciación.

La tradición cerámica de la Atalaya es muy antigua. Eran las mujeres quienes desplegaban inigualable destreza y habilidad en la fabricación de útiles de barro modelados y decorados con notable sentido artístico: tallas, bernegales, calderos, tostadoras, jarras, cazuelas, etc. Acaso en esta labor respondían al



Alfareras de la Atalaya en 1897 (Foto: Archivo de don José Naranjo).

mismo ancestro que sus predecesoras aborígenes, tal como refería fray José de Sosa al escribir en 1678 que "hacían los canarios loza de barro para su servicio, sin molde, torno ni otro oficio alguno más que el de sus manos. Y aún hasta hoy se hace para el común servicio de los campos, y aldeas". Especificaba el fraile franciscano que "para esto tenían los canarios mujeres oficiales muy diestras que le sabían dar la temple, lo cual ha quedado de unas en otras hasta hoy que con la delgadez de los ingenios (de azúcar) y continua experiencia de las cosas hacen estas manufacturas muy curiosas". El producto de su trabajo lo traían las talayeras a vender al mercado de Las Palmas como medio para ganar su subsistencia. Enfrentado en sus bajadas a Las Palmas al mundo de la ciudad, este grupo marginal era contemplado con desdén y la denominación *talayera* adquirió un tono altamente peyorativo que pervivió hasta nuestros días: un sentido radicalmente injusto como el que entre las gentes supuestamente cultas de la ciudad han tenido las palabras *campurrio* y *mauro*.

De siempre el pueblo de la Atalaya vivió en la miseria y aún hoy sus habitantes viven con gran modestia. La pluma maestra del escritor grancañario Francisco González Díaz nos dejó una

simple estampa de la Atalaya y sus habitantes a comienzos de este siglo. Personalmente no me parecen adecuadas algunas valoraciones que el admirado hombre de letras insertó aquí, pero, obviamente, ello no es obstáculo para reproducir a continuación lo principal de la descripción:

Por fin llegamos a la Atalaya, el rincón salvaje adonde quería conducirnos, habitáculo de una tribu sórdida y bizarra cuya fisonomía no ha perdido aún ninguno de sus singulares rasgos característicos. Hasta allí no ha llegado la civilización con su rasero implacable. Como aquél hay muchos escondrijos de miseria en Gran Canaria; pero ninguno tan original. Allí se ha refugiado lo pintoresco de nuestra raza, barrido y borrado de todas partes. Allí está el curiosísimo animal de altura llamado la *talayera* por corrupción de su verdadero nombre, que se ha encaramado a un risco y se ha encerrado en cuevas casi inaccesibles, llevándose consigo una tradición de bárbara altivez e intransigencia.

Las habitaciones, abiertas en la roca, parecen cubiles; tienen algo de la caverna primitiva. Ampara a una raza indomable en cierto modo, refractaria, impenetrable a la cultura, la *talayera*, la hembra, es todo; el macho, nada o casi nada. Como en ciertos países americanos, el Paraguay señaladamente, los hombres en la Atalaya gozan el privilegio de no trabajar; su misión hállase reducida a tomar el sol cuando lo hay. Y la cumplen a conciencia, por la

mayor parte, estándose manos quedas, mientras ellas se mueven y afanan. Las costumbres de la isla de San Balandrán imponen en aquella reconditez selvática, donde un feminismo avasallante anula al hombre al propio tiempo que lo endiosa.

También suele reinar por aquellos encubramientos el amor libre, el amor con alas, pero sin venda, sin solemnidades y sin sonrojos; Luísa Michel se quedaría en éxtasis si alcanzara a contemplar en tan impensado sitio una tan completa realización de su bello ideal. Aquellos campesinos viven perdidos en el seno de la maternidad sin límites de la Naturaleza. Nacen, crecen, vegetan y mueren confundidos con el terruño ingrato, limitadísimo, donde encuentran cuna, casa y sepultura. Puede decirse que forman, con sus viviendas, incrustaciones de la montaña. Las raras veces que baja la *talayera* a la ciudad para vender en el mercado público los productos de su rudimentaria industria, creyérase que algo esencial de la montaña misma baja con ellas; no solamente se trae tierra de la altura en sus pies desnudos que desafían los guijarros y abrojos de los senderos, sino toda una visión de las cimas excelsas y toda una pasión de la soledad, odio instintivo al progreso, resistencia inconsciente a dejarse penetrar de las claridades que vienen de abajo y que la ciegan y la mortifican. Experimenta sensaciones dolorosas, en la imposibilidad de la acomodación, en el choque de su alma virgen con las refinadas impurezas de la vida culta. Pasa sin ver, y apenas terminados sus tratos, tórnase a su atrincheramiento mucho más de prisa que descendió.

A mí me parece descubrir un sentido oculto, un sentido simbólico, en esta pasiva lucha. La montaña se rebela contra la ciudad, la ciudad no ha podido conquistar a la montaña. La *talayera*, indudablemente, es un símbolo.

La vierais venirse para Las Palmas los días de mercado, a más que regular andadura, desgastando los caminos con su durísimo pie descalzo, un pie que ha adquirido consistencia pétrea y grandor exagerado, un pie fenomenal sin forma, semejante a la pata de un dromedario. Recorre kilómetros y más kilómetros, a grandes zancadas, resistente y ágil, sin dejarse vencer de la fatiga. Arremangada la enagua de percal sobre el refajo encarnado, cogida con una mano la cesta que carga a la cabeza y con la otra los zapatos *resolaos* que lleva por puro lujo, pues no se los pone nunca por temor de echarlos a perder, así atraviesa nuestra *talayera* los pueblos del tránsito y así entra, arisca y desenfadada, en la ciudad.

Lo común es que vengan por grupos más o menos numerosos, cual si instintivamente se juntasen para defenderse de un peligro imaginario. Algunas traen a la gitana sus cachorros, y con ellos y con todo lo demás, menos los zapatos, hacen la jornada. Ni el sol ni la lluvia las acobardan. Hechas están a las mayores inclemencias, como a las miserias mayores.

Se encuentran entre estas campesinas tipos de cierta belleza rústica no exenta de atractivos, belleza que resulta de la alianza feliz de la salud con la fortaleza. Líneas duras, pero correctas, de estatuas labradas en granito; macizas construcciones sin gracia, pero vistosas. Formas opulentas, colores sanos, recia musculatura, busto erguido, un escultor podría tomarlas de modelo para representar la fecundidad y la fuerza triunfantes. Fuertes y fecundas son, en efecto, como muy pocas mujeres. La Atalaya es nuestro valle de Paz.

Cultivan, conforme he dicho, una industria elemental, cerámica incipiente, alfarería simplisísima: fabrican utensilios de barro que en el lenguaje del país lleno de reminiscencias guanches llámanse *tallas*, *gánigos*, *tostadores*, *vernegales*.

Hanse familiarizado con el inglés, a quien miran como un ser superior por lo manabier-



Alfareras y cerámica de la Atalaya en 1890 (Foto: Luis Ojeda. Reproducida de "L'illustrazione Italiana")

to y dadivoso. Cuando algún turista británico aporta por aquellas eminencias, todo el pueblo se solivianta y pone en movimiento. Los habitantes comienzan a salir de sus cuevas como ratas de sus agujeros; nubes de chiquillos sucios, desarrapados, famélicos, que parecen brotar de entre las piedras, siguen al viajero, le acosan con este grito angustioso repetido sin descanso: *¡Un cuartito! ¡Un cuartito!*

En efecto, podemos afirmar que ningún inquieto visitante de la isla en la segunda mitad del siglo pasado y comienzos del nuestro dejó de visitar la Atalaya, sobre todo si pretendía dejar escritas las impresiones de su visita. Uno de estos *ingleses* se llamaba Charles

Edwardes que en los años ochenta acudió al poblado troglodita en la tartana, tirada por escuálido caballo, de un tal Pancho, antiguo emigrante canario en La Habana y luego *guía turístico* de la época.

Como no podía ser menos, el señor Edwardes escribió su visión de la villa de la Atalaya: lo de villa le resultaba un nombre demasiado protocolario y más adecuado estimó el calificativo de "co-nejera", por las muchas cuevas cavadas en la pétrea roca cayendo hacia el lecho del barranco. "*Cada cueva contiene las rudas herramientas para la manufactura de la cerámica del país*", en la que trabajaban hombres, mujeres y niños en cuclillas a la entrada de aquéllas.

"*Pancho confirmó la opinión predominante sobre la población de la Atalaya. No tienen moralidad*". Naturalmente, el visitante aludía a su propia moralidad. "*La iglesia —añadía— no se interfiere en sus asuntos*".

"*Si este extraño lugar es tan antiguo es probable que hombres y mujeres perpetuaran los aborígenes grancanarios*". Tras aludir a la producción cerámica prehispánica, Edwardes reflejaba sus impresiones sobre la destreza artesanal de las talayeras: "*Cuando estuve sentado durante unos minutos en la cueva de una vieja alfarera, observando mientras ella tomaba el blando barro en sus manos, separándolo vigorosamente y moldeándolo, obsequiándome finalmente en dos o tres minutos una tosca pero bien modelada jarra ornamentada con complicados surcos decorativos, todos trabajados con sus dedos, y después de una atenta ponderación de las características de la gente que nos rodeaba, sus anchas mejillas, grandes ojos de un color avellana más claro que el proce-*



Las manos del único continuador superviviente de la tradición alfarera de la Atalaya modelan el barro (Foto: Paco Ojeda).



Sólomente un alfarero conserva la secular tradición cerámica de la Atalaya

utilizando las cuevas de antaño. Permanece alguna cueva sin fachada de construcción, pero de todos modos sus habitantes las han transformado en su interior. Así la Atalaya ha seguido idéntico proceso que los *riscos* de Las Palmas, alcanzando una urbanización de casas colgadas sobre la ladera, con tortuosas callejuelas y carente por entero de equipamiento. Al otro lado de la colina, en la ladera que mira al valle de las Goteras, la "urbanización" es semejante. Al viejo poblado de cuevas se ha añadido un núcleo urbano levantado entre la calle principal y la carretera Santa Brígida – Telde, ocupado por familias de un nivel económico más alto. Y a la izquierda de dicha carretera, en la dirección de Santa Brígida y en la dirección del Raso, se contemplan bonitos chalets residenciales. Todo un contraste generado por un escalonamiento socioeconómico marcado claramente en el tipo de urbanización.

Hay cierta conciencia en el pueblo



La Atalaya, en la actualidad



dente de España, y espontáneas maneras, yo me convencí de que aquí estaba sin duda la sangre aborigen".

Otro viajero, esta vez español, contemplaba así en el primer decenio del siglo XX a la Atalaya, "verdadero pueblo troglodita, recuerdo exacto de las casas guanches":

Allí diseminadas, con fachada tan sólo, tosca y modesta siempre, se encuentran las casas en que viven los 564 habitantes de aquellos contornos montañosos llenos de barrancos y tórrentes, dedicados casi exclusivamente a la fabricación de pucheros y útiles de barro, que trabajan a mano, sin torno alguno, pero demostrando una habilidad extraordinaria, pues mientras con la mano derecha dan molde a la pasta, con la izquierda le imprimen un movimiento de rotación que excusa el torno del alfarero. Vi fabricar algunos objetos de barro, y después penetré en alguna de aquellas casas, cuyo interior, sin otro techo que la roca viva, eran bastante limpias y cómodas, pero reducidas a uno o dos cuartos, llamando la atención de los expedicionarios la elevación inmensa de las camas, a las que difícilmente podía subirse para acostarse sin utilizar por lo menos una silla a modo de escalera.

Vive Atalaya la vida primitiva, la guanche,

y bien se puede afirmar que por un rato vivimos en el pasado canario, pues los que allí moran, no bien cruzados aún con la raza conquistadora, conservan el aire y facciones del pueblo aborigen.

En la actualidad los autobuses de turismo siguen visitando la Atalaya como una curiosidad en su recorrido hacia el centro de Gran Canaria, pero hoy el lugar ya no es aquel poblado troglodita que tanto llamaba la atención tiempo atrás. Ya a principios de siglo había una veintena de cuevas edificadas en su entrada. En los años cuarenta la edificación era ya bastante intensa. En el presente todo el pueblo ha sido construido, aunque en el interior de las viviendas se siguen

en cuanto se refiere a la desaparición de su habitat tradicional. "—Es una pena, la Atalaya ha perdido todo lo que era, ya sólo le queda el nombre", afirma nostálgicamente Francisco, el único alfarero que queda en el lugar. En 1900 había tres hornos para cocer la cerámica, hoy sólo existe uno. La casa de Francisco es una cueva que se conserva así desde principios de siglo; tiene solamente una habitación construida que data, cuando menos, de la misma fecha. Francisco lleva cincuenta años moldeando el barro. Es el último representante de una tradición sin nuevos sucesores y que muy probablemente morirá con él.

Alfredo Herrera Piqué